



EL ARTÍCULO DEL DÍA

Joaquim Sempere

Vicepresidente de la Fundació Alfons Comín.

¿Quién era Alfonso Carlos Comín?

A los 20 años de su muerte sigue vigente la imagen de un cristiano que se convirtió en comunista y un comunista que no abandonó la fe cristiana y la convirtió en una pedagogía antidogmática

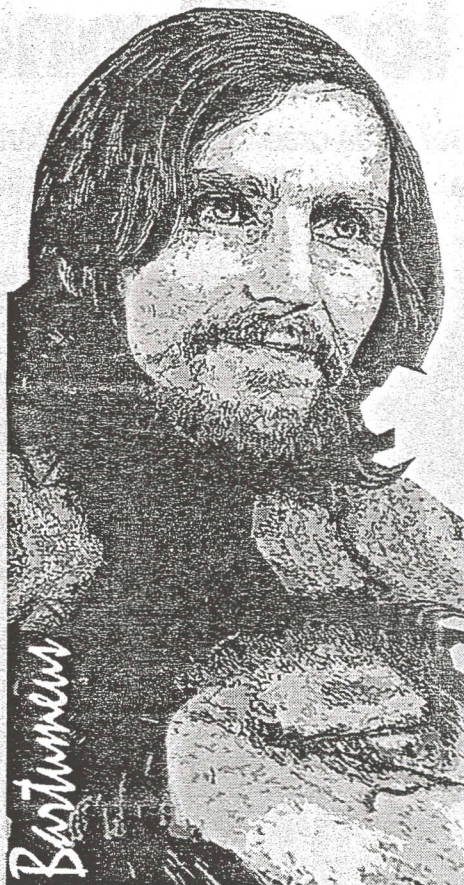
El 23 de julio se cumplieron los 20 años de la muerte prematura de **Alfonso Carlos Comín**. ¿Quién era **Alfonso**? Un ingeniero que ejerció poco de ingeniero y mucho de educador, de periodista, de sociólogo y de activista social y político. Un cristiano de izquierdas que terminó siendo diputado al Parlament de Catalunya por el partido comunista. Una persona que con su sola presencia catalizaba la entrega y la voluntad de lucha libertadora de los demás. Esos años transcurridos ponen de relieve de forma sorprendente la actualidad de su pensamiento y de su trayectoria vital.

Hijo de católicos tradicionalistas, y por tanto de vencedores de la guerra civil, pronto tomó conciencia del desastre que representaba el franquismo y, como cristiano profundamente comprometido con su fe, de la lamentable complicidad de la Iglesia. Se convirtió en luchador revolucionario, pero llegó a eso después de comprender la necesidad de reconciliación de las *dos Españas* y de haber hecho la opción personal a favor de los perdedores.

Su cristianismo bebió de **Charles de Foucault**, **Domenach** y **Mounier**. A través de estas influencias pronto rompió con el espíritu de jerarquía, dogma y paternalismo, y descubrió el significado evangélico de la pobreza. De la noción del pobre que no debe ser objeto de la compasión, sino sujeto de sus actos y de su esfuerzo por mejorar, era fácil pasar a su categorización como *clase obrera*. El marxismo se introdujo de forma natural en esa evolución. En 1956, **Alfonso** se incorporaba al Frente de Liberación Popular (FLP), formación socialista de inspiración marxista.

El FLP fue significativo por dos aspectos. Primero porque convivieron en él ateos y creyentes. Segundo porque pretendía evitar los defectos del comunismo y del socialismo históricos y hacer de ellos una síntesis. En ambos aspectos, aquel proyecto se adelantaba a evoluciones posteriores. Por lo que respecta a la convivencia de creyentes y no creyentes en proyectos emancipadores, no hace falta decir que se ha convertido en una característica destacada de las izquierdas de este país. Por lo que se refiere a la síntesis de las dos ramas separadas del tronco marxista, quizá hoy hay que plantearla de forma diferente, pero representa todavía un objetivo que sólo pueden menospreciar los que dan al socialismo por muerto y enterrado.

Todo ello responde sólo a una parte de la pregunta de quién era **Alfonso**. Fue un cristiano que se convirtió en izquierdista y comunista y un comunista que no sólo no abandonó la fe cristiana, sino que la convirtió en una pedagogía antidogmática en el interior del partido comunista. No es una paradoja: su religio-



sidad no era de dogmas, sino de vivencias. Por ello fue un revulsivo tanto en la Iglesia católica como en el partido comunista.

Lo que daba coherencia a su doble pertenencia, católica y comunista, era de hecho un compromiso muy rotundo con los más desfavorecidos y con la creencia personalista sobre el valor supremo de la libertad personal. Naturalmente, eso topaba frontalmente con una serie de tradiciones nefastas del catolicismo y del comunismo realmente existentes, y lo convertía en un heterodoxo por partida doble. Pero

un heterodoxo que tenía una gran habilidad para hacerse aceptar por unos y por otros. Esa habilidad, reforzada por su atractivo personal, fue en él una condición favorable para influir en la realidad.

Vale la pena resaltar, en atención de los que no lo conocieron, la razón por la cual su mensaje y su recuerdo tienen todavía tanta vigencia. Tenía un carisma personal que atraía inmediatamente el interés, un carisma que chispeaba en unos ojos llenos de una energía contagiosa. Su rostro era bello, quizá porque, como ha dicho de él **J. M. Rovira Bellosa**, "**el rostro de la esperanza siempre es bello**". Incluso mi escepticismo de los peores momentos se tambaleaba ante la fuerza arrastradora de aquellos ojos claros.

¿Qué diría hoy **Alfonso**? No lo sabemos. Pero si entramos en el juego de los imposibles, yo diría que **Alfonso** no podría aceptar tanta injusticia, tanta barbarie, tanta mercantilización, tanta desvergüenza de los poderosos. No podría aceptar ni la miseria creciente de una buena mitad de la humanidad, ni la precarización laboral, ni la exaltación de la prosperidad material sin fin y el culto al dinero. Me lo imagino tan convulso y tan indignado hoy ante las nuevas injusticias como lo fue ante las de sus años. Probablemente seguiría confiando en el poder de la palabra, y seguiría utilizando su eficaz elocuencia para hacer emerger el milagro del bien, de la acción positiva. Probablemente continuaría sabiendo combinar hábilmente el posibilismo de intervenciones concretas con el lenguaje profético que no se aviene demasiado bien con los compromisos y que recrea constantemente horizontes de *utopía*, es decir, de decencia.

¿Lo escucharían y lo entenderían los jóvenes de hoy? Entre los jóvenes de hoy hay de todo: egoísmo, despreocupación y cinismo, pero también generosidad y voluntad de mejora individual y colectiva. Quizá existen muchos pesimistas o escépticos, pero que no por ello se abstienen de actuar política y socialmente. Estoy seguro de que si **Alfonso Carlos Comín** viviera aún hoy, incluso si le venciera en algún momento el pesimismo, sólo podría ser un pesimismo activo, es decir, lo que **Gramsci**, en tiempos también muy negros, llamaba "**optimismo de la voluntad**". Estoy seguro de que su capacidad de comunicar energía transformadora y confianza en las personas seguiría siendo un factor activo fundamental para todos nosotros, porque es inimaginable que **Alfonso** se mantuviera pasivo y al margen. Por eso tenemos que lamentar tanto que nos dejara a los 47 años, en la flor de la vida. Invitémos a los más jóvenes a informarse sobre el personaje y su acción y a leer sus escritos: hallarán en ellos un testimonio de valor permanente.